



Entre el Mercado y el Leviatán

Fernando Fuentes, Master in Economics, University of Georgetown. Académico FEN- UAH.

Carlos J. Ponce, Ph.D in Economics, University of California, Los Ángeles. Académico FEN- UAH.

La crisis económica mundial, generada por la pandemia del Covid, ha disparado en muchos países, incluido Chile, la idea de que se requiere más Estado para ayudar a quienes no han recibido lo que merecen, tanto en la forma de oportunidades como de acceso a bienes y servicios que la sociedad ofrece.

Esta idea debe ser cuidadosamente discutida, ya que, de otra manera, la construcción de una sociedad más próspera y justa no llegará nunca a materializarse. Es imposible desarrollar en este espacio un análisis exhaustivo de un tópico tan complejo. Más importante aún, la naturaleza del tema excede a la Economía y, por lo tanto, un tratamiento adecuado requiere de un análisis multidisciplinario.

Aceptando estas limitaciones, el objetivo del presente artículo es exponer la complejidad de esta idea y alertar de que la misma, considerada como acertada en forma literal, puede resultar perniciosa para alcanzar el desarrollo humano.

La idea se basa en una comparación que, desafortunadamente, es incorrecta. El argumento usual es suponer que, como el funcionamiento y algunas fallas del mercado se deben a comportamientos individuales basados en incentivos privados egoístas, fieles herederos de la Mano Invisible de Adam Smith, cuyo objetivo central es maximizar beneficios, se necesitaría más Estado para mejorar el bienestar social. Nótese que este tipo de argumentación ha sido empleado por grupos asociados a diversas

ideologías, muchas de ellas en clara contraposición.

El referido argumento contiene una falacia, al asumir que el Estado es una institución gobernada por individuos angelicales con el único deseo de mejorar el bienestar de la comunidad. En otras palabras, el argumento supone que los mismos individuos que en la esfera privada persiguen objetivos egoístas, se vuelven, repentinamente, generosos al momento de entrar al 'mercado' político y/o participar en el gobierno.

En el contexto antes descrito, es importante reconocer que las personas enfrentan incentivos en todos los ámbitos de la toma de decisiones; ya sea tanto a nivel doméstico como en el marco de las conductas asociadas al trabajo remunerado o a la política.

No existe razón alguna para creer que las virtudes y defectos humanos no se reparan de modo equivalente entre aquellos que trabajan en el sector privado, público o en cargos de representación.¹ Por lo tanto, no comprender las fallas gubernamentales (originadas en acciones reñidas con el bien común, por parte de agentes del Estado) es tan problemático como desconocer las fallas de los mercados.²

Desde nuestra perspectiva, la pregunta relevante no es si se requiere más mercado o más Estado, bajo el supuesto de que el segundo defiende intereses distintos al primero, sino cuál es el diseño institucional del Estado que más favorece o incentiva el logro de ciertos objetivos considerados socialmente deseables.

¿Qué tipo de Estado necesitamos? ¿Para que necesitamos un Estado? Thomas Hobbes, al abordar estas interrogantes en su celebrado libro 'Leviatán', visualizaba la necesidad de un Estado poderoso que detente el monopolio de la violencia. En su condición natural, de acuerdo con Hobbes, los hombres viven en una guerra de todos contra todos por la supervivencia, sin distinción entre la justicia y la injusticia. Hobbes comprendió, hace ya más de tres siglos, que una condición de anarquía y violencia social impide el progreso material, y espiritual, de las personas.

La lección es simple: en una situación de anarquía y violencia, ninguna sociedad puede aspirar al progreso material y espiritual, contexto en el que, en palabras de Hobbes, 'la vida es solitaria, pobre, desagradable, salvaje y corta.'

Recientemente, Acemoglu y Robinson (2019), en su libro 'El Pasillo Estrecho', nos alertan del peligro de que, dotado del monopolio de la violencia, el Leviatán se vuelva despótico. Los autores ponen algunos ejemplos históricos recientes para mostrar que este tipo de gobiernos tenían capacidad para resolver conflictos, pero que, sin embargo, usaron dicha capacidad para promover la represión y la dominación.

Acemoglu y Robinson también nos alertan del peligro de organizar el Estado como un Leviatán de papel, poniendo como ejemplo al Estado argentino. Para los autores, este tipo de Leviatán combina elementos de un Leviatán despótico que no responde a los mandatos de la sociedad, con características de un Leviatán ausente e inoperante

que no resuelve conflictos, contribuyendo al debilitamiento de la sociedad civil.

Podría el lector pensar entonces que Argentina necesita más Estado. La respuesta es que Argentina tiene el gobierno más voluminoso de todos los países de la región ya que la mitad de la economía pertenece al Estado. En términos económicos, el gasto público asciende aproximadamente al 50% del ingreso del país. En definitiva, los resultados económicos de Argentina muestran que la fórmula 'más Estado' puede resultar catastrófica.

Es interesante destacar que, en la actualidad, en Chile se levantan diversas voces que argumentan, ya sea de modo explícito o implícito, que los problemas del pasado, y de las fallas de mercado observadas, como las colusiones de grandes empresas, se resolverían con la vieja fórmula de 'más Estado'. Estas posiciones deben ser analizadas con el mayor cuidado posible, ya que pue-

los vicios de las sociedades democráticas en lo político y liberales en lo económico, se debiesen resolver con más Estado, es conceptualmente un error.

En Chile, existen varios ejemplos de instituciones exitosas. Por solo mencionar dos, se constata que la independencia del Banco Central del poder político ha traído enormes beneficios a la sociedad, en particular a los más pobres, evitando elevadas inflaciones que aún caracterizan a algunos países de América Latina. Asimismo, se constatan resultados positivos del diseño de entidades encargadas de la defensa de la competencia como organismos de carácter independiente que persiguen y castigan los abusos monopólicos de las empresas, y la colusión entre las mismas.

Es nuestra opinión, la economía es un pilar central del bienestar material de las personas. Por esta razón, asociar mayor participación estatal con mejoras en el bienestar

“Desde nuestra perspectiva, la pregunta relevante no es si se requiere más mercado o más Estado, bajo el supuesto de que el segundo defiende intereses distintos al primero, sino cuál es el diseño institucional del Estado que más favorece o incentiva el logro de ciertos objetivos considerados socialmente deseables”

den contener dos errores fundantes: suponer que los agentes estatales son siempre virtuosos en su calidad moral, y asumir que el Estado cuenta con los recursos para resolver los problemas detectados.

Así, desde nuestra perspectiva, la pregunta relevante no es si se requiere más mercado o más Estado, bajo el supuesto de que el segundo defiende intereses distintos al primero, sino cuál es el diseño institucional que más favorece o incentiva el logro de ciertos objetivos considerados socialmente buenos. Las instituciones, para las economías modernas, constituyen el conjunto de reglas de comportamiento común de una sociedad, en el marco de organizaciones que permiten a dicha sociedad desarrollar sus actividades. En otras palabras, representan expectativas compartidas que interactúan con formas de organización y reglas del juego en una comunidad. En el contexto de lo señalado, argumentar que

puede ser contraproducente. En un contexto de menor inversión, menor crecimiento, mayor desempleo y necesidades fiscales acuciantes, generar expectativas de que la solución a nuestros problemas reside en un Estado poderoso y benefactor, es un error basado en argumentos insustentables, tanto desde una perspectiva conceptual como empírica. Más aún, existen ejemplos en la región que debieran ser estudiados para no repetir errores similares. Necesitamos un Leviatán controlado por la sociedad civil, que no siembre desconfianza en la acción privada y en el mercado, y que sea eficiente y especializado en asuntos que, por su naturaleza, el sector privado no puede resolver satisfactoriamente. Solo así se podrá alentar inversión privada de alta calidad que impulse un crecimiento económico que facilite acceder a mayores grados de justicia y equidad. **OE**

(1) Este argumento no niega que muchas personas tengan objetivos nobles y deseen contribuir a una mejor sociedad, tanto cuando se desempeñan en la esfera pública como en la privada.

(2) Una introducción al funcionamiento del 'mercado' y sus posibles fracasos se encuentra en Ponce Carlos J. (2017) 'La Ambición de Adam Smith', Revista Gestión y Tendencias, Volumen 2, N° 4, noviembre, 2017